

LOS DESPOSORIOS MISTICOS DE SANTA TERESA EN UN MANUSCRITO INEDITO DE FRAY ANDRES DE JESUS

POR JOSÉ M.^a FERREIRA, O. C. D.

Para escribir este trabajo he visitado el Archivo de las Carmelitas Descalzas de Sevilla (el de esta casa de las Teresas en que nos encontramos). Porque, además del autógrafo de Las Moradas, cartas de Santa Teresa y del Padre Gracián, documentos firmados por San Juan de la Cruz, una obra de María de San José —«Instrucción de Novicias»— en copia con anotaciones y firma de la autora¹ y un códice de la «Llama de Amor viva», hay otros documentos de mucho interés que nunca han sido estudiados.

He encontrado un manuscrito titulado «Exposición Análoga del salmo 44, eructavit cor meum, sobre la persona de la gloriosa Madre Teresa de Jesús, Fundadora de la Reformatión de Nuestra Señora del Carmen». Sevilla, 1633.

El P. Silverio no menciona este manuscrito cuando escribe la biografía de este carmelita en su «Historia del Carmen Descalzo», ni lo hizo tampoco el historiador de la Reforma, Manuel de San Jerónimo, que dedicó siete páginas al P. Andrés de Jesús en el volumen VI de su historia. Y eso que como Provincial que fue de Andalucía pudo tener fácil acceso al archivo de las Carmelitas.

Cita, en cambio, un libro suyo en latín: «*Historia Theriologica et praeclara facinora Sanctae Theresiae a Jesu, Carmeli Reformatricis*», sobre el salmo 44, de 170 pliegos en folio, que se guardaba en el convento de carmelitas de Ante-

(1) En 1978 lo publicó, en Roma, el Instituto Histórico Teresiano.

quera, y que probablemente corresponde a un borrador de la misma obra.

Creo que el manuscrito de Andrés de Jesús, tema de este trabajo, nunca ha sido estudiado. Aunque sí muy leído en siglos pasados por religiosas de la Comunidad, como lectura espiritual y formativa; lo que deduzco de los muchos biletitos con anotaciones que he encontrado en su interior.

Quién es el Padre Andrés

Granadino y de familia noble, tomó el hábito en el noviciado carmelita de los Mártires en 1602. La austeridad, rigor y penitencias de los comienzos los continuó durante toda su vida. De «horroroso verdugo de sí mismo» lo califica el cronista. Eran proverbiales su modestia y seriedad religiosa. «Cara de hierro», lo llamaban burlescamente por los conventos. De aquí que no se atrevieran a hacerlo Provincial de Andalucía. Pero sí fue Prior de Granada, Andújar y Aguilar, dos veces lo fue del Desierto de las Nieves y Vicario del Colegio del Santo Angel de Sevilla.

Su vida se polarizó en dos extremos:

- vida interior = silencio, recogimiento, oración.
- y estudio = ocupó durante muchos años la cátedra de

Teología Moral del famoso Colegio del Santo Angel de Sevilla. Su extraordinaria preparación y acierto salió de las fronteras de la Orden Carmelitana, y así el Obispo de Córdoba, Domingo Pimentel, consiguió de los superiores tenerlo en su palacio como consultor permanente. El historiador Manuel de San Jerónimo dice de esta época que fue «mayor su magisterio obrando que diciendo» (Libro XXVI, XI, p. 645).

Otra especialidad suya fue la Teología Mística. El marqués de Estepa, Don Adán Centurión, publicó a su cargo un libro que, a petición suya, había escrito, titulado: «Inteligencia de el Libro de las Moradas». Y de Teología mística son todos sus escritos. La expresión del cronista es así de encomiástica: «fue en esta facultad tan eminente que, después de San Juan

de la Cruz, cuyo espíritu deseó copiar hasta en la pluma, dudo haya tenido otro mayor la Reforma» (íd. pág. 645).

La cátedra, la pluma y el púlpito, desde el que consiguió conversiones muy sonadas, ocuparon toda su vida.

En 1649 Antequera se vio asolada por el cólera. El P. Andrés, anciano para esta fecha (47 años de hábito), se ofreció, no obstante, para ayudar a los apestados y morir entre ellos. Y allí murió el 25 de abril de 1655.

Descripción del manuscrito

Forma un volumen en cuarto mayor de 368 hojas, más dos al comienzo (evidentemente introducidas después), con una breve biografía del Padre Andrés, copiada literalmente de la Historia de la Reforma²; dos más con sendos sonetos «al autor y al libro» y «al autor del libro», un «Epigrama» (en latín); hoja con el título del libro, autor, lugar y fecha. La dedicatoria ocupa otras dos hojas sin numerar. Al final, dos más con una «Memoria de las Provincias y Conventos de la Religión de los Carmelitas Descalzos, fundada por la gloriosa Madre S. Teresa de Jesús, que en todo el mundo hay fundados hasta el presente año de 1632».

En total: 368 hojas numeradas más 8 sin numerar. Suman: 376.

Las medidas exactas son 205 x 155 mm. Está encuadernado con encuadernación de la época: piel de becerro amarillenta y arrugada.

El manuscrito parece dispuesto escrupulosamente para la imprenta (se echan de menos los índices). Todo está escrito de su puño y letra por el P. Andrés de Jesús (a excepción de la biografía del autor y los sonetos). En dos lugares aparece su firma. Toda la letra muy igual, pulcra y legible. Más bien pequeña. En cada página un ancho margen de 3,5 cm., siempre en el interior, en donde anota la procedencia de las citas.

El manuscrito está muy bien conservado y limpio. Una

(2) Este volumen, VI de la Historia de la Reforma, se publicó en 1710.

mancha de agua se repite en las treinta últimas hojas, aunque sin dificultar su lectura.

En una dedicatoria de algo más de dos páginas dedica el libro a la Madre Juana de la SSma. Trinidad, Priora a la sazón del monasterio de Carmelitas Descalzas de Sevilla. Se trata de la Duquesa de Béjar y del Infantado, que al enviudar de Don Alonso de Zúñiga y Sotomayor, cambió las riquezas y el señorío por la pobreza del Carmen Teresiano.

Declara que la composición del libro le llevó 11 años de trabajo, «partido —escribe— con ocupaciones de religión estrecha: trabajo sobre trabajo». La presentación es una muestra de ingenio y finura:

«restitúyolo a su dueño. Dueño llamo a nuestra gloriosa «y común Madre S. Teresa de Jesús. Lo uno porque el «material del es caudal de la Santa. Lo otro porque lo «que yo en él he puesto de industria es intercesión y «favor suyo. Cincuenta años ha que nuestra Santa Madre «hizo ausencia; subió a los cielos. A V. R. como a hija «verdadera suya y como a Madre de sus hijas lo entrego; «en V. R. hago la restitución, para que, como hacienda «de Madre, la posea y la reparta»...

Forma y estilo

La base y argumento del libro es el salmo 44, en interpretación analógica, muy sagaz y aguda. Cada versículo lo entiende como la revelación de una cualidad de Cristo. Argumenta que Santa Teresa es la esposa que comparte todos los bienes del Esposo. Y luego prueba largamente, con datos biográficos y con los escritos de la Santa cómo ella poseyó la misma cualidad.

Salta a la vista su dominio de los escritos de la Mística Doctora. El texto es sencillo y limpio, sin los barroquismos tan frecuentes en la época.

Para el argumento de autoridad se sirve de San Jerónimo, San Agustín, San Basilio, San Dionisio, Tertuliano, San Am-

broso, San Juan Crisóstomo, Santo Tomás, Arias Montano, San Gregorio y San Bernardo, citados continuamente.

La parte más interesante del libro es la Introducción al salmo, que ocupa 31 hojas. Es aquí adonde trata casi exclusivamente de los desposorios.

Los desposorios

He aquí la argumentación del Padre Andrés: Cristo desposó consigo a la Comunidad de los creyentes (la Iglesia), «mediante la fe divina en el entendimiento, la caridad sobrenatural en la voluntad y mediante la gracia en el alma». Consortes y particioneros de la naturaleza divina, como dice San Pedro (2 Pedro, 1).

Cita a Oseas (cap. 2): «Sponsabo te mihi in sempiternum» (desposarte he conmigo para siempre).

Y a Pablo (2 Cor. 11,2): «os he desposado a un solo marido, Cristo»; con la interpretación que de este texto hace San Bernardo: «¿quién es el Esposo y quién la Esposa? Aquél es nuestro Dios, y ésta somos nosotros» (pág. 3-4).

También a San Gregorio Niseno: «nos desposó consigo por medio de la reengendración mística, que es la gracia recibida en el bautismo» (4 v.).

Pero «todo lo que de la Iglesia en general se afirma en la Sagrada Escritura, se puede decir de un santo en particular».

Para concluir así: «la gloriosa Santa Teresa fue y es esposa de Cristo, y con ella como con verdadera y espiritual esposa suya habla David en este salmo» (4 v.-5).

San Pablo llama a aquella primitiva Iglesia de Corinto «*Virginem castam*». Y estaba formada, sobre todo, por hombres y mujeres casados; muchos de ellos habían sido fornicarios y adúlteros. Pero el desposorio con Cristo por la fe, la caridad y la gracia los había transformado en «*Virginem castam*». Dios cambia a los fornicarios en vírgenes.

Virgen viene de *vir*, de varón. Cristo es el nuevo Adán, el *varón* de donde procede esta *virgen*: «Por ser S. Teresa sacada de Cristo Jesús, le vino el ser virgen, el ser virtuosa y

el ser varonil; por haberla desposado y juntado consigo Cristo Jesús es fuerza afirmemos que tuvo un espíritu con Jesús, o que se hizo un mismo espíritu con Jesús... de donde procedió tratarla con la caricia, amistad y regalo que la trató» (7 v.).

Vuelve a servirse del Profeta Oseas para atribuir a la Santa los distintos desposorios que aquél menciona: «Sponsabo te mihi in sempiternum; sponsabo te mihi in iustitia, et in iuditio, et in misericordia, et in miseracionibus; et sponsabo te mihi in fide» (8).

La promesa repetida por tres veces —me desposaré contigo— tiene la fuerza irrevocable de un juramento.

Primer desposorio

En juicio, en justicia, en misericordia. Cita a San Agustín: «juicio es que primero los amó a ellos, para que después ellos lo amaran a El».

«Con este juicio de Padre amoroso juzgó Dios a Santa Teresa, amándola primero y escogiéndola por esposa, para que después ella lo amase y se emplease en las cosas de su agrado y gusto. Así lo prometió y así lo cumplió» (8 y 8 v.).

«Repite tres veces aquella palabra: sponsabo te mihi, y multiplica los desposorios para darle a entender la demasía de amor que le tiene y la abundancia de regalo y ternura con que la piensa tratar» (8 v.).

«Dícele que él la desposará consigo y no que ella se desposará con él, para que entendiese que estos desposorios son pura gracia y merced que el desposado hace a la desposada» (8 v.).

En fe: «porque estos desposorios se celebran en esta vida, en la que caminamos por fe» (8 v.).

Y son perpetuos: «durarán no sólo en este siglo, sino también y mejor en la eternidad» (íd.).

«El primer desposorio con que Cristo desposó consigo a Santa Teresa fue: in iustitia». Justificación, santidad, gracia y virtudes infusas que recibió en el bautismo. «Allí la vistió

la ropa de bodas». «Allí la hermosteó con las tres virtudes teológicas». «Allí la atavió con las virtudes infusas y dones del Espíritu Santo, y así allí quedó vestida de justicia y esposa de Cristo» (9).

«Este vestido de justicia, esta ropa de bodas, y esta gracia bautismal, nunca la desnudó de su alma, ni jamás la perdió, ni aun por un breve instante»...

(Estoy citando textualmente estos razonamientos del manuscrito, a fin de dejar ver el estilo, limpio de falsas retóricas, del Padre Andrés.)

Un interrogante en todo matrimonio: ¿cuáles fueron la dote y las arras? («el desposado cuando con Teresa se desposó, qué hacienda ruxo, qué dote le dió?»: no fue oro ni plata, sino el reino de los cielos, la gloria de Dios» (10 v.). «Dote tan gloriosa y soberana, cual lo pedía la grandeza del desposado» (10 v.)... «bienes que ni el ojo vio, ni la oreja oyó, ni llegaron a pensamiento de hombre» (íd.).

Trae aquí la conocida frase del testimonio de Yepes: «Teresa, si no hubiera creado el cielo por ti sola lo crearía», con esta interpretación: «precio tanto tenerte por mi esposa, que si para dotarte fuera menester criar de nuevo el cielo y la gloria, lo criara, solo porque fueras esposa mía. Y así el cielo que ha tantos años que crié, tan tuyo es y tan para ti, como si yo no tuviera otra esposa, sino a ti» (11).

La dote soberana de la gloria del Esposo la descompone así: *visión*, ver a Dios cara a cara; *comprensión*, Dios presente y en sí mismo, y *fruición*, gozo de Dios y en Dios. Todo esto aguardando la otra vida. Mientras tanto confiarlo al banco de la fe y la esperanza.

Pero Teresa era muy realista: «soy de presente esposa vuestra, ¿y no me habeis de dar el dote de presente?» Y Cristo le entrega en prenda y seguridad las arras de la vida futura.

Estas fueron: los bienes de gracia, casi infinitos: sobre todo aquella luz, como lámpara, que desde niña le hacía asirse a las verdades sobrenaturales; pareciéndole que ella sola, contra todos los luteranos, podría hacerles entender su yerro (12 v.).

Fe «obradora».

Y «luz que arde en el óleo de la caridad».

Temprana búsqueda del martirio.

Pena y gloria «para siempre, siempre, siempre» martilleando en su interior como el más valioso descubrimiento.

Amó «a la manera de los serafines, que son todos una llama y un fuego vivo, continuo, encendido» (14 v.).

Dios comunicó a su esposa estas cualidades del amor de los serafines en la repetida merced del dardo.

«Este es el óleo («olio») que en tanta abundancia preparó Santa Teresa para cebar la lámpara de su fe» (15).

«Que cuando la fe arde y luce con la caridad, es fe de virgen prudente, es arra de la gloria venidera, y es luz que sin duda la llevará y juntará con su esposo Cristo» (15).

Segundo desposorio

Cristo la llamó a la Religión para celebrar estos desposorios «en misericordia»: «allí se desposó con Cristo, allí le entregó su voluntad, su libertad y su cuerpo, con grande consuelo, satisfacción y agradecimiento, y el Esposo amantísimo, con singular misericordia, la admitió a su trato regalado y dulcísima conversación» (16 v. y 17).

Recuerda el P. Andrés lo que escribió la Santa en el Libro de la Vida: «cuando me acuerdo de la manera de mi Profesión, y la gran determinación y contento con que la hice, y el desposorio que hice con Vos, esto no lo puedo decir sin lágrimas» (V. 4,3).

Y aquello de las Moradas: «ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y El tendría cuidado de las suyas...» (7 Mor. 2,1).

Santa Teresa, que escribió un comentario al Cantar de los Cantares, vivió intensamente los amores divinos que allí tan maravillosamente se cantan, y entre los favores místicos que recibía de su Dios-Esposo estaba esta frase que escuchó varias veces de sus labios: «yo soy tuyo, y tú eres mía». El amor produce semejanza y trae posesión: «Si Cristo es amado de Te-

resa, Teresa es toda de Cristo; y si Teresa es amada de Cristo, Cristo es todo de Teresa» (20).

¿Cuál fue la dote de este Desposorio de misericordia? Lo cuenta la Santa en las Moradas (6 Mor. 5,6), y más extensamente el Padre Yepes. Fue durante el año que la Madre pasó en Sevilla. Estaba aflijida, delante de un Crucifijo, por pensar que nunca había tenido qué dar a Dios. Y entendió claramente que Cristo le decía: «ya sabes el desposorio que hay entre ti y mí; y habiendo esto, lo que yo tengo es tuyo, y así te doy todos los dolores y trabajos que pasé, y con esto puedes pedir a mi Padre como cosa propia» (20 v.). ¿Qué mayor riqueza que tener como suyos todos los méritos de Cristo, adquiridos a título de dote matrimonial?

Tercer desposorio

«in miserationibus». Favores extraordinarios, incontables: «regalándose con ella, dándole más tiernas y amorosas dádivas, tratándola con lenguaje igual y regalado, y usando con ella de señales y representaciones de amoroso y verdadero desposado» (22).

«La principal de todas —escribe el P. Andrés— fue un Desposorio y ayuntamiento divino que el Señor de la Majestad, apareciéndosele con gran resplandor y hermosura, celebró con su Esposa Teresa un día estando para comulgar: representósele el Señor, dice, muy en lo interior, y diome su mano derecha, y díjome: mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy, hasta ahora no lo habías merecido, de aquí adelante, no sólo como Criador, como Rey y tu Dios, mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía; mi honra es ya tuya, y la tuya mía» (22).

«Estaban enamorados, y las honras recambiadas: la de Cristo con la de Teresa, y la de Teresa con la de Cristo», apostilla el P. Andrés (28 c.).

Lo califica de «terneza y fineza de amor, en abajarse e igualarse Dios con su criatura» (íd.), que «dulcemente repetía,

deshaciéndose toda y transformándose en su Esposo: qué se me da, Señor, a mí de mí, sino de Vos?» (22 v.).

Tres joyas regala aquí el Esposo a la esposa: conocimiento de la grandeza de Dios; propio conocimiento y humildad al recordar el tiempo en que osó ofender a tanta grandeza, y tener en poco todas las cosas de la tierra.

Los delicados regalos del Esposo nunca se acaban: un día tenía en la mano la cruz del rosario; Cristo se la tomó con la suya; «y cuando se la tornó a dar era de cuatro piedras grandes, muy más preciosas que diamantes, y tenían las cinco llagas de muy linda hechura» (29).

«Otro día, después de comulgar, se puso cabe ella Nuestro Señor, y comenzóla a consolar con grandes regalos, y díxole entre otras cosas: vesme aquí, hija, que yo soy, muestra tus manos. Y parecíale que se las tomaba y llegaba a su costado, y dijo: mira mis llagas, no estás sin mí» (29).

Se le hizo muy tarde para la cena. Enferma, desganada, sabía que algo tenía que comer. Un pedazo de pan era cuanto había en su despensa. Lo sacó dispuesta a esforzarse. En esto «se le representó Cristo, y parecía que le partía el pan y se lo ponía en la boca» (29 v.).

En otra ocasión el regalo le vino de mano de la Señora. Fue en Avila, 1561, y día de la Asunción. Entre la Virgen y San José le vistieron una capa de mucha blancura y claridad. «Luego me pareció asirme de las manos Nuestra Señora» (V. 33,14; A.30).

Los regalos de Cristo habían sido el clavo, los tormentos de su Pasión y una luz muy clara para verse a sí misma en la humillación del pecado: crucificada con el Crucificado. El de María es un vestido blanco que cubre y abriga, y el calor de su mano.

La esposa de Cristo es la hija más querida de María: había entrado, por derecho esponsalicio, a formar parte de lo más íntimo de la familia.

Acaba la primera parte del manuscrito con estas palabras: Teresa, «cual esposa del Rey, asiste para siempre al lado dere-

cho de su Esposo Cristo, coronada de gloria, de honra y de la aureola de Virgen purísima» (31).

Basten estas notas para dar a conocer el valioso manuscrito del Padre Andrés. Estoy de acuerdo con el autor del soneto que precede a la «Exposición...»:

Con ella sois, Andrés, cantor divino
cantando las grandezas por entero
del Serafín TERESA en vuestra suma,
Con estilo tan dulce y peregrino
que sin duda os dejó por heredero
vuestra Gloriosa Madre de su pluma.